

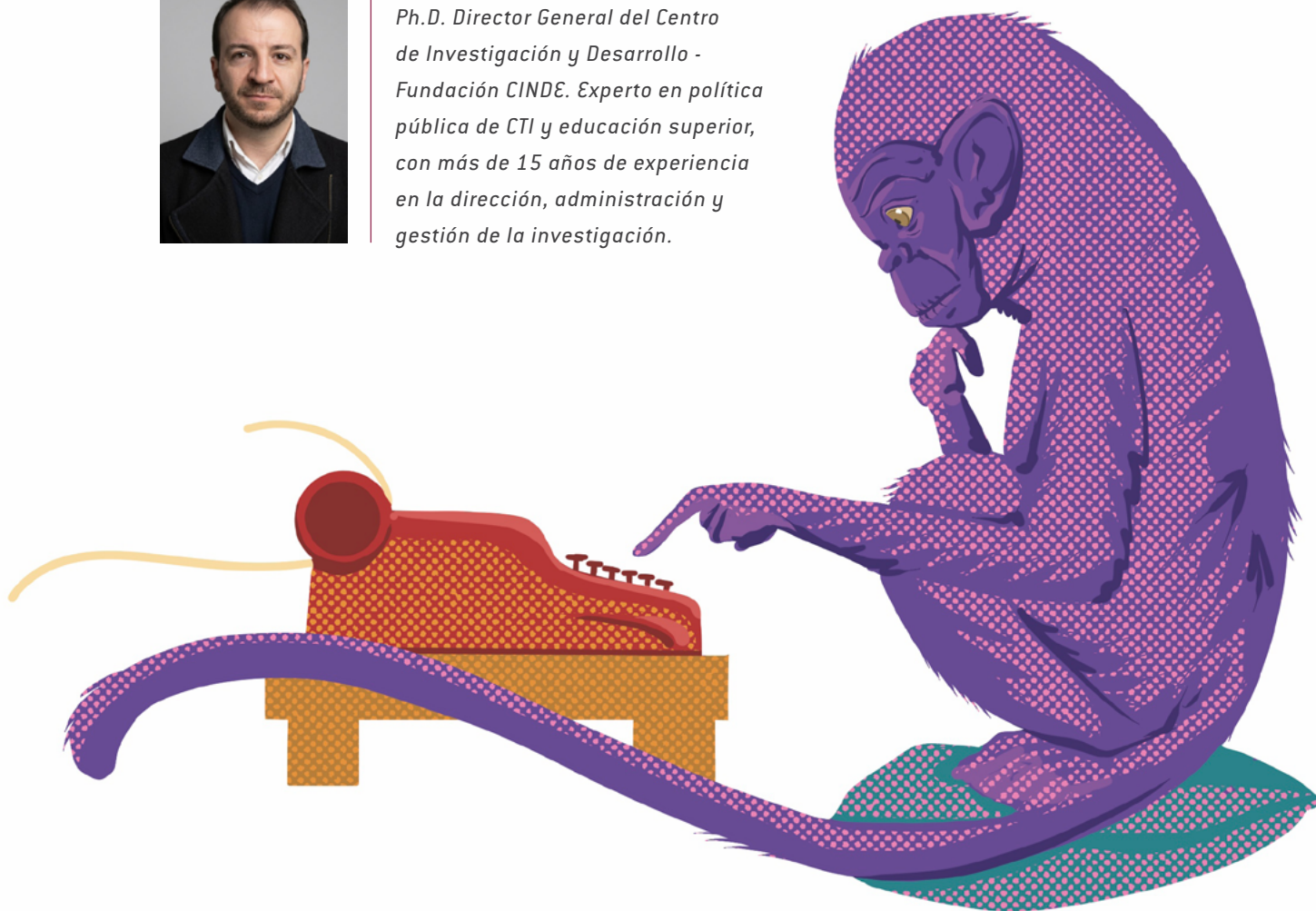
Editoriales y política pública:

una relación que fundamenta una capacidad humana



Salim Chalela

Ph.D. Director General del Centro de Investigación y Desarrollo - Fundación CINDÉ. Experto en política pública de CTI y educación superior, con más de 15 años de experiencia en la dirección, administración y gestión de la investigación.



¿Estamos tercerizando el pensamiento? Esta pregunta llegó a mi cabeza de manera simultánea a la invitación para escribir esta nota sobre la relación entre el ecosistema de edición académica y la política pública. Surgió como respuesta espontánea a una afirmación de mi esposa en una de esas conversaciones cotidianas: “La gente ya no lee, y ahora tampoco escribe, estamos tercerizando el pensamiento”, fue su expresión.

Creo relevante partir de este cuestionamiento para recordar que la tradición escrita no es un simple artefacto humano para almacenar conocimiento; el tránsito de la tradición oral a la escrita fue un paso decisivo que dimos como humanidad, fruto de la evolución, que nos ha permitido durante siglos difundir todo tipo de conocimiento, especializado y no especializado.

Esta nueva forma de comunicación no fue un automatismo que se insertó en nuestro cerebro, la tradición escrita vino con el desarrollo del pensamiento en diferentes formas (crítico, lógico, reflexivo) para expresar lo que conocemos o sentimos. Detrás de todo esto, lo han identificado las neurociencias y la psicología, está el aprendizaje y la maduración de funciones cognitivas motoras como la memoria.

Partiendo de esta premisa, la pregunta por la relación entre política pública y los ecosistemas de edición académica toma cada vez más relevancia, al menos en algunos lugares del mundo, para los tomadores de decisiones en los Estados. Recientemente, países como Suecia, Dinamarca o Corea del Sur, tras comprobar una caída alarmante en la comprensión lectora de sus niños, frenaron de golpe sus planes de digitalización en las aulas para regresar a los libros impresos y recuperar la escritura manual.

Estas naciones han identificado cómo la revolución tecnológica y la evolución de la inteligencia artificial generativa están originando un problema público ‘silencioso’ que se sustenta en el debilitamiento del desarrollo cognitivo de millones de personas, sumado al incremento en los diagnósticos por afecciones de salud mental que atraviesan diversos grupos poblacionales, y están actuando para mitigar sus impactos.

Lo anterior son acciones que dan cuenta de que la escritura, no asistida por inteligencia artificial, enfrenta hoy una amenaza estructural ante los cada vez más desarrollados algoritmos de inteligencia artificial generativa que, en cuestión de segundos, elaboran análisis de millones de fuentes, creando documentos técnicamente sólidos; producen artículos científicos, tesis de grado, reportajes periodísticos; y, en general, cualquier tipo de producción escrita.

Su uso cada vez es más intensivo y atractivo, no solamente por la optimización de tiempo para ejecutar tareas como las mencionadas, sino porque la inteligencia artificial generativa elimina uno de los temores



más grandes que retan al pensamiento humano: 'la hoja en blanco'. Esto me recordó una expresión que leí en un artículo de opinión hace poco: "Escribir una frase es muy difícil, pero qué felicidad produce".

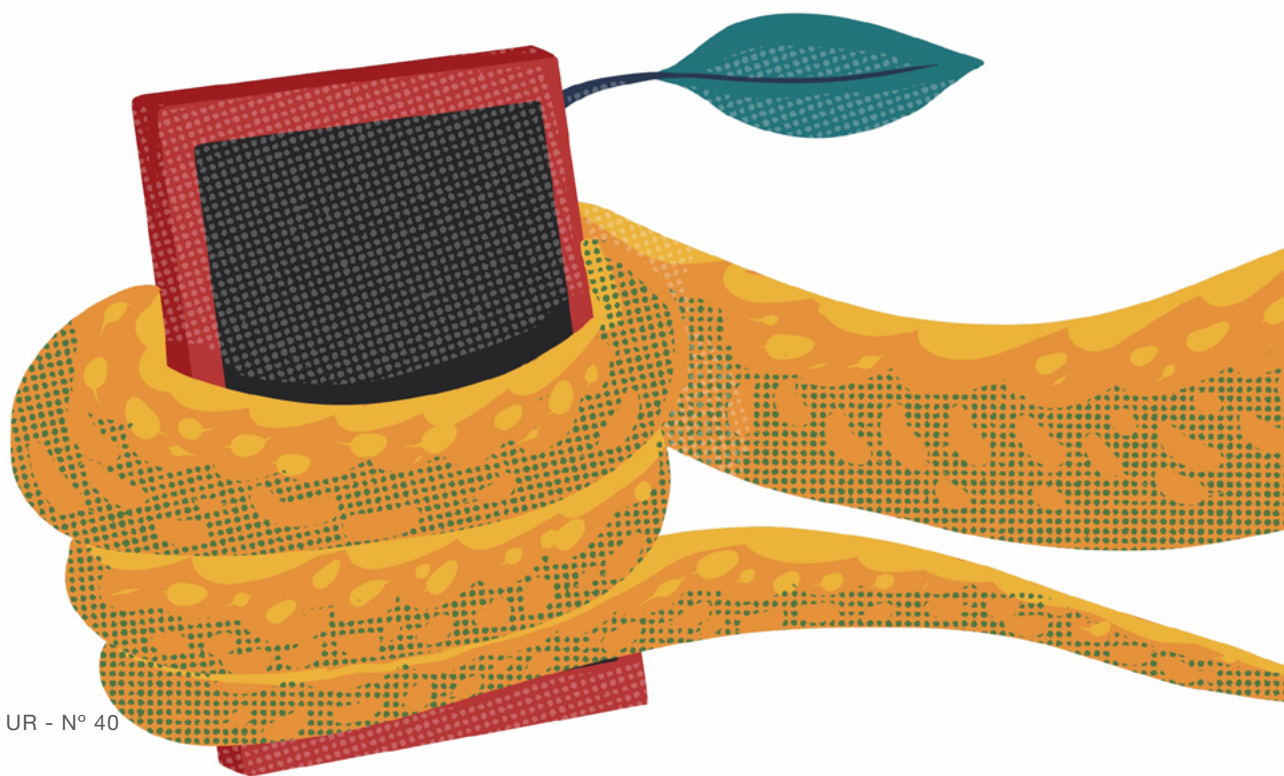
Otro de los grandes problemas que se vienen identificando es la pérdida de la subjetividad y la subjetivación de las ideas. Quizá todos lo percibimos hoy al leer cualquier cosa, medios de comunicación escritos, blogs, redes sociales, artículos en revistas, tesis, entre otros: cada vez es más común identificar en la redacción de muchos de esos documentos una especie de estandarización en el lenguaje, muletillas, estructuras gramaticales, que, si bien se presentan técnicamente más agradables, nos alejan del sentido humano que hay detrás de cada palabra escrita. Esa pérdida de subjetivación limita además la responsabilidad que como autores asumimos por cada uno de los juicios que transmitimos en cada texto.

Este debilitamiento cognitivo se viene convirtiendo en un problema estructural de nuestra sociedad, como lo evidencian distintas organizaciones nacionales e internacionales que evalúan de manera periódica el desarrollo de habilidades lectoescriturales. En este sentido, dichos riesgos se confrontan de forma directa con los ecosistemas editoriales en los países, y particularmente golpea de modo más profundo a naciones latinoamericanas, región en la que las editoriales universitarias

han sido debilitadas seriamente debido a decisiones que han llevado a que durante los últimos 30 años la producción académica y científica esté subordinada a los procesos de medición de la calidad científica de sus profesores e investigadores, limitando esta medición casi que de manera exclusiva al artículo científico.

Aquí es esencial recordar que el cuestionamiento de fondo no es restar importancia a este tipo de publicaciones; la base de este argumento se centra en que los incentivos que ha promovido la política pública han fomentado, casi que de manera exclusiva, este tipo de transmisión del conocimiento, lo que ha volcado al ecosistema a operar bajo los estándares e instrumentos de producción científica de artículos científicos (sistemas de indexación, clasificación de revistas, tipos de oferta de acceso abierto o cerrado, seguimiento a citas, etc.) por encima de otras formas de publicación como el libro.

En Colombia, basta con leer varios de los planes nacionales de desarrollo y las políticas nacionales de ciencia, tecnología e innovación, de las tres últimas décadas, para identificar la trascendencia que se le ha dado a la producción científica de artículos en revistas científicas. Además, se han promulgado decretos como el 1444 de 1992 y, posteriormente, el 1279 de 2002, que otorgan puntos salariales a los profesores de universidades públicas por publicaciones. Las universidades privadas



han creado esquemas de incentivos por publicación en revistas indexadas de alto nivel que se traducen en bonificaciones anualizadas.

Frente a la evolución de esta dinámica que ha transformado a las editoriales académicas en la región, los actores del ecosistema han reaccionado desde organizaciones como el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso) o la Asociación de Editoriales Universitarias de Colombia (Aseuc), las cuales exigen que la publicación recupere su relevancia social y proteger a las editoriales universitarias y pequeñas editoriales académicas de las prácticas comerciales de megaeditoriales que controlan y orientan las dinámicas internacionales de productividad académica y científica, basadas en el diseño de sistemas de edición científica de pago para los autores o las organizaciones que representan, a fin de posicionar sus documentos en redes de difusión y visibilidad que les permita a estos situarse ante financiadores de proyectos o mejorar la clasificación de universidades en *rankings* nacionales o internacionales.

Unido a ello, tal como se mencionó, el problema se agudiza frente al avance de la inteligencia artificial, toda vez que estos algoritmos premian la velocidad y el volumen de producción académica y científica. Hoy es normal escuchar a investigadores en cualquier lugar del mundo hablar de su capacidad de producción de decenas de artículos de alta calidad y rigor científico con

apoyo de Claude, ChatGPT, Gemini, Grok o cualquier otro sistema de lenguaje con capacidad intensiva de procesamiento de información en la web especializada.

Si bien estos algoritmos son herramientas que podemos aprovechar (sería ingenuo sugerir que debemos abstraernos de estas capacidades), lo cierto es que estos no poseen habilidades de pensamiento ético, comprensión contextual o sensibilidad social necesarios para que la producción escrita difunda de mejor modo las realidades en las que se ubican los autores. Renunciar al esfuerzo de escribir es renunciar a la capacidad humana de cuestionar y transformar nuestro contexto.

En conclusión, la relación entre el ecosistema editorial y la política pública no debe cimentarse sobre bases que deslegitimen la pertinencia y utilidad que en la actualidad ofrece la inteligencia artificial para potenciar el trabajo de millones de investigadores y autores; tampoco sobre la condena y eliminación de modelos comerciales sobre los que opera la productividad científica, la invitación con esta reflexión recae en la necesidad de que esta relación se soporte en definir e identificar los problemas públicos que se derivan de los cambios tecnológicos que hoy vivimos y que afectan no solamente a un ecosistema, sino que están deteriorando la capacidades cognitivas que son fundamentales para la sociedad. Tercerizar el pensamiento es renunciar a nuestra condición de humanos.

